

tervos insidiadores, pisoteados estos conculcados, y á la purísima Maria siguen llamándola Bienaventurada todas las generaciones.»

Ella, por el favor divino, con suavísimas y poderosas gracias sostiene nuestra fe, y nos excita á la práctica de la virtud; porque Madre amorosa y tiernísima, es para nosotros esta Virgen, hija de David, como cantaba Santiago Nisibense, más esplendorosa que la luz de la luna y la del Sol, y más brillante que la de las estrellas que penden del firmamento; porque aquellas varían y matan, la luz de Maria no matará jamás: es más serena que el aire, más excelsa que el cielo, más alta que el que-rubín, más gloriosa que el serafín, y más venerable que los Principados y las Potestades todas.»

1. Melior est lux tua quam Solis et lunae
Et siderum, quae pendent in firmamento.
Quia illa occidunt et mutantur,
Lumen vero tuum nunquam occidit.
Serenior es aere,
Excelsior es coelo,
Altior es cherubim,
Gloriosior es Seraphim,
Et Principibus et omnibus Potestatibus
Venerabilior es, Virgo, Filia David.

CAPITULO III

CULTOS QUE A LA MADRE SANTISIMA DE LA LUZ

HAN VENDIDO TRIBUTÁNDOSELE

HASTA LA ÉPOCA DE LA SOLEMNE CORONACIÓN
DE SU MARAVILLOSA IMAGEN

I

La milagrosa Imagen de la "Madre Santísima de la Luz"
en las Misiones de Sicilia.

Piadosamente ufano el celoso P. Juan Antonio Genovesi con la posesión de este riquísimo tesoro, la maravillosa Imagen de la Madre Santísima de la Luz, inauguró desde luego la segunda época de sus apostólicas Misiones, mil veces más feliz que la primera, por las numerosas conversiones con que visiblemente recompensaba sus esfuerzos Dios Nuestro Señor, merced á esta venerable Imagen de Maria, cuyo culto y tiernísimo amor iba propagando por todos aquellos países con incansable empeño.

Y ofrecían sin duda un espectáculo altamente consolador el amoroso rendimiento y los tiernos y

ruidosos obsequios, con que en el tiempo de las misiones recibían por todas partes los pueblos este admirable Retrato de la Madre Santísima de la Luz. Comunicada con alguna anticipación la alegre noticia de su proximidad, los representantes de la parroquia que iba á gozar la dicha de tenerla en su seno por algunos días, hacían levantar en alguna iglesia del campo, al cual todos los vecinos de aquellas comarcas concurrirían á esperarla, un gracioso altar decorado con esplendidez é iluminado con profusión. Allí se congregaban en devotísima actitud todos los gremios, asociaciones piadosas y cofradías en hábito de penitencia y autorizados con sus insignias y estandartes; presidían estas escogidas y numerosas diputaciones el clero, la autoridad y los vecinos de mayor representación, todos ellos con velas encendidas, cerrando la comitiva algunas compañías de soldados provistas de sus cajas y clarines.

Un venerable grupo de sacerdotes, acompañados de una parte del pueblo y precedidos de escogida banda de música, adelántanse poseídos de piadosa ansiedad á recibir á la venerable Imágen de la Madre Santísima de la Luz: al verla póstranse humildes y obsequiosos, y no pocas veces derramando dulces lágrimas; tómanla reverentes sobre sus hombros, y cantando á coro himnos entusiastas y salmos de alabanzas, conduciénla con pompa solemnísimá á la campestre iglesia en que le ha sido preparado el altar, y á cuyas inmedia-

ciones la esperan ya palpitantes de emociones dulcísimas, millares de fieles.

Colocada ya sobre el altar, uno de los misioneros les dirige una breve plática, en que de ordinario les recuerda la gratitud que por tantos motivos deben mostrar á la Madre Santísima de la Luz, y los beneficios espirituales y aun temporales con que Su divina Majestad se complace en favorecer á los fieles, para honrar de una manera más expresiva aquella preciosa Imágen. Lágrimas en abundancia, suspiros que irresistiblemente brotan del fondo del alma, y ruidosas exclamaciones de júbilo, son por de pronto el filial obsequio con que los pueblos celebran estos primeros instantes de la llegada de su Reina Purísima. Organízase la procesión, colocados en interminables filas y con hachas encendidas en las manos los gremios, cofradías y asociaciones, seguidos de las bandas y coros de músicos, del clero secular y regular y de la autoridad civil, y diríjense todos hacia la iglesia parroquial conduciendo como en triunfo entre armoniosos acordes y devotos cánticos esta imágen bellísima de María, la cual, bajo palio, cuyas varas sostienen seis de los principales vecinos, llevan sobre sus hombros cuatro sacerdotes revestidos de sobrepelliz y decorados con preciosas estolas.

Al acercarse al pueblo la devota procesión, un repique general de las campanas de todas las iglesias, unidos á los alegres sonos de músicas, cajas

y clarines y al estruendoso retumbar de arcabuces, morteretes y cañones, anuncian la próxima llegada de la celestial Emperatriz de los ángeles y de los hombres, que después de hacer su entrada triunfal en la población, es colocada en la iglesia principal, sobre un altar portátil riquísimamente decorado é iluminado con incontable número de velas de cera. Uno de los misioneros sube al púlpito y anuncia la apertura de la santa misión, haciendo observar que, colocada bajo la protección de la Madre Santísima de la Luz, cuya maravillosa imagen tienen la dicha de contemplar, bien se pueden esperar de ella frutos copiosísimos. Terminado el sermón, cántase la letanía Lauretana, agregando al fin de ella, en medio de los repiques de todas las campanas de la ciudad, este precioso título: *Sancta María, Mater Luminis, — Ora pro nobis.* — «Santa María, Madre Santísima de la Luz, Ruega por nosotros.»

Cantada con la mayor solemnidad y animación la letanía, es colocada la venerable Imagen en el altar mayor, convenientemente preparado con el adorno de las más ricas telas, alhajas, flores y luces. Allí queda por algún tiempo instalada como en su propio trono, asiento de majestad y de clemencia, desde el cual oye benigna y amorosa las constantes súplicas de su pueblo, y derrama dones y gracias con aquella admirable profusión, que tan bien sienta á la poderosa Reina del empireo, Madre augustísima del mismo Dios. Ante ella, aun cubierta por

riquísimo velo, arden día y noche, por lo menos, diez lámparas, y muchas veces pasan de cincuenta, y aun llegan á setenta y dos. Cuando se va á descorrer el velo que oculta la venerable Imagen, enciéñense numerosas velas de cera, y avisase al pueblo á toque de campana y haciendo sonar todas las campanillas de la iglesia.

Sería imposible pretender de alguna manera describir los distintos sentimientos de alegría, de ternura, de ansiedad, de gratitud y de compunción que esta maravillosa Imagen de la Madre Santísima de la Luz excitaba durante las Misiones, por todas las ciudades y pueblos de Sicilia y de Nueva España, en los corazones de los innumerables fieles que, poseídos de entrañable admiración, se acercaban á saludarla. Unos la veneraban humildemente rendidos, contemplábanla otros con tiernísima curiosidad é irresistible encanto, otros la exponían llorosos sus urgentes necesidades, le presentaban agradecidos sus más preciosos dones, ó ante ella imploraban arrepentidos el perdón de sus pecados. Algunos venían á visitarla desde lejos á pie descalzo, y muchísimos eran los que desde la puerta de la iglesia iban caminando hacia ella de rodillas, ó arrastrando la lengua por el pavimento, ó en hábito de penitencia hiriéndose con duros golpes el pecho, ó mortificándose de otras muchas maneras, todas ellas penosísimas. Sucedia alguna vez que estas largas procesiones de penitentes, que desde la puerta del templo iban andando de rodi-

llas hacía su altar, empleaban más de dos horas en desfilar sollozando ante la venerable Imagen. Estas expresivas demostraciones de ánimo penitente y de filial amor duraban de ordinario todo el día; tanto, que para que pudiesen acercarse al altar y hacer oración ante la Imagen algunas otras personas, era necesario señalarles como hora especial alguna de las de la madrugada ó de la noche. Y no eran sólo los fieles que habitaban los pueblos en que se predicaba la Misión, ó vivían en sus confines, los que con tan sostenido afán visitaban esta maravillosa Imagen; la fama de su encantadora amabilidad y misteriosa belleza, y la profunda conmoción que en los pueblos causaban los beneficios y milagros que por ella se dignaba hacer Dios nuestro Señor, la atraían desde lejanos países entusiastas y numerosos devotos. Por gozar de su embelesadora presencia y de las gracias que con su maravilloso influjo iba derramando por donde quiera que pasaba, muchos eran los que desde regiones no poco distantes solicitaban con empeño los beneficios de la Misión. Y, felizmente, iban poco á poco consiguiéndolo; pues no en vano quiso llamarse Madre Santísima de la Luz, siéndolo Inmaculada y Purísima de aquel Señor, de quien con toda verdad se dice ¹ que es *la luz verdadera, que alumbrá á todo hombre que viene á este mundo.*

¹ Joann 1—9.

En los pueblos en que existían conventos de religiosas, no hay para qué decir con cuánta ternura y entusiasmo sería recibida por las castas esposas del Inmaculado Cordero la venerable Imagen de la Madre Santísima de la Luz. Acogíanla con religiosa pompa en sus iglesias, y exponíanla á la pública veneración en altares magníficamente decorados, que brillaban con la abundancia, riqueza y variedad de primores artísticos, de flores y de luces. Pero á ciertas horas, una vez que estaba ya de algún modo satisfecha la piedad de los fieles, las religiosas la introducían por algún tiempo en la clausura, desde cuya puerta hasta una de las capillas interiores, descalzas y en hábito de penitencia llevábanla en devotísima procesión entre cánticos, suspiros y lágrimas, y la colocaban en el altar que se le había destinado. Día y noche la velaban por turno, dulcemente satisfechas con pasar ante ella las horas más felices de su vida. Ayunos, disciplinas, repetidas visitas con los pies descalzos y todo género de ingeniosas mortificaciones eran ofrecidos con desconocido fervor á aquel bellissimo Retrato de María, que con alguna razón se imaginaban haber descendido del cielo para consolarlas en las angustias de su vida interior y derramar sobre ellas dones en abundancia. Ello es que con la encantadora presencia de la hermosa Imagen de la Madre Santísima de la Luz, sentíanse misteriosamente regeneradas aquellas sagradas vírgenes, y prontas para correr con ánimo varonil por los ca-

minos escabrosos de la virtud y las espinosas y accidentadas sendas de la vida religiosa.

Cuando después de la última procesión de penitencia y terminados todos los ejercicios de la Misión, los misioneros se despiden del pueblo y se preparan para llevarse con ellos la sagrada Imagen, no es para explicar la conmoción que tan triste anuncio causa en los pueblos, la cual se revela en dolorosas exclamaciones, suspiros y copiosas lágrimas. Consuélalos el misionero, permitiéndoles que la acompañen por algún espacio fuera de poblado; y removida del altar mayor colócanla sobre una mesa en medio del templo: de nuevo estalla en expresivas manifestaciones el dolor de los fieles, al ver que realmente comienza á abandonarlos la venerable Imagen; y es necesaria entonces toda la elocuencia del predicador para calmar de alguna manera aquella general angustia, persuadiéndolos de que, aunque su bellissimo Retrato se aleja, no los abandona ni los olvidará nunca la Madre Santísima de la Luz; puesto que á todos los lleva ya escritos y como estampados en su Inmaculado Corazón.

En lugar de la pintura original, los misioneros dejaban una copia de ella en el altar mayor, y dábale principio á la procesión de despedida, precediendo al clero los músicos, soldados, cajas y clarines, y siguiendo la maravillosa Imagen, acompañada de los misioneros y de todo el pueblo, pronto, en fuerza de la viveza de su dolor, á renovar sus

quejas y su llanto á cualquier pequeño accidente que se relacionase con la próxima ausencia de la que por algunos días constituía su más preciado tesoro. Una estrepitosa salva de morteretes, arcabuces y cañones, y las campanas todas de la ciudad con sus armoniosas lenguas de bronce saludan á la salida de la iglesia á la venerable Imagen, seguida de las cofradías en hábito de penitencia y de todo el pueblo, que no acierta á manifestar por una parte su desconsuelo ante la partida de la Madre Santísima de la Luz, y por otra su tierno reconocimiento al sentirse regenerado con la abundancia de las celestiales gracias por su amorosísima mediación obtenidas. Al fin, llegada la procesión á la iglesia campestre, en que con tan dulce ansiedad había sido días antes recibida, despidenla con cariñosa ternura y entrecortadas frases de la más profunda gratitud, y vuélvense dulcemente resignados á sus casas, llorosos los ojos y conmovido y amante el corazón.

II

El P. José María Genovese.

Para enriquecer á la entonces Villa de León con este tesoro riquísimo de la venerable Imagen de la Madre Santísima de la Luz, quiso valerse Dios nuestro Señor de algunos Padres de la Compañía de Jesús, que vivían en esta provincia de México,

y en especial del P. José María Genovese y Thomay.

Nació el P. Genovese en Palermo, capital de la isla de Sicilia, el 9 de Diciembre de 1681, dos años y medio antes de que abriese los ojos á la luz en Palazzo Adriano el P. Juan Antonio Genovesi, á quien nos referíamos en el § VI. Setenta y seis años después escribianse en la ciudad de México por pluma muy autorizada, en elogio del P. José María, estas palabras: «Coronó todo este amenísimo jardín de sus virtudes con la tiernísima devoción de Cristo nuestro Señor Sacramentado, que fué tan especial, que desde joven le ganó el nombre de *estudiante del Santísimo Sacramento* . . . , y éstas con la singularísima devoción que tuvo como por necesidad á su queridísima Madre, la Virgen María Nuestra Señora. Y dixe «como por necesidad,» porque un varón que supo vivir á Dios solo, ya se ve que por necesidad avia de vivir para María. Vivió, pues, el Padre para María Santísima, y lo hizo de tal suerte, que parece que lo envió Dios al mundo para darle entre los hombres á la que eligió por Madre Suya otro hijo muy de su gusto; y parece tambien que para declarar la benignísima Señora que como á tal lo aceptaba, y que le miraba como á hijo desde su nacimiento hasta su muerte, dispuso el que naciesse en la Octava de su Purísima Concepción y que

1 Carta de edificación escrita á la Provincia por el R. P. Juan Francisco López, en 22 de Enero de 1758.

muriese en la de su gloriosa Assumpción; y cumplió Su Reverencia tan de lleno todos los officios de tal hijo, que desde los primeros arrullos de su vida hasta los últimos suspiros de su muerte amó y sirvió á esta Santísima Señora sin interrupción por todos modos; porque no se satisfacía su intensísima devoción con sus diarios y continuos obsequios y frequentísimas jaculatorias con que se derretía su corazón de tal manera, que parecía que miraba á la Santísima Señora siempre que veía cualquiera Imagen suya, ni con las obras extraordinarias que le dictaba su fervor, sino que deseaba y procuraba abrasar en su amor á todo el mundo; y por esso, encontrándose en las Indias con el incomparable thesoro de la bellísima y CELESTIAL GUADALUPANA IMAGEN, despachó muchos retratos de ESTA PRODIGIOSÍSSIMA PINTURA á su patria, Palermo, donde estaba ya bien asentada la devoción á LA MADRE SANTÍSSIMA DE LA LUZ.»

Era el P. Genovese de nobilísima familia, tanto por su padre D. Pablo, como por su virtuosa madre Doña Feliciano Thomay. La virtud y el encendido deseo de cristiana perfección eran como hereditarios en su casa; y sus tres hermanas, que entraron en religión, eran de tanto provecho y tan notables en la vida espiritual, que cuando murió la excelente fundadora de la Congregación á que pertenecian, Lucrecia Brunacini, dejó por Superiora á la hermana mayor del P. Genovese; por muerte de ésta, á la segunda; y por la de ésta, á la tercera. Después de una niñez candorosa y devotísima

y de haber estudiado con grande aprovechamiento las materias que hoy llamaríamos de segunda enseñanza, el niño José María fué admitido en el Noviciado de la Compañía de Jesús, en Palermo, el 24 de Mayo de 1799. Ocho años después, obtuvo del Padre General patente para pasar á la provincia de México, en cumplimiento de un voto que tenía hecho de emplearse en las Misiones de los gentiles, y vino á ella en compañía de otros muchos y del P. Procurador Domingo Quiroga en 1707. Pocos días habían transcurrido desde su llegada á la ciudad de México, cuando encontró en la calle á aquel tan célebre *Juanico*, tenido en este país por otro San Pascual Bailón; y luego que éste le vió, saltando extático fuese con los brazos abiertos hacia el P. Genovese, y estrechándole entre ellos, le dijo estas palabras: *¿Qué linda alma, que tienes!* y prosiguió dándole individuales noticias de sus tres hermanas y de sus singulares virtudes, de sus futuros trabajos en las Misiones de indios y de su regreso al gobierno del Noviciado. Entre los tiernos y edificantes episodios que acontecieron al P. Genovese en los trabajos de su apostólico ministerio, sucedió que, confesando en la iglesia de la Profesa el mismo viernes en que se leía en la Misa el Evangelio del Parálítico, oyó á uno que hacía treinta y ocho años no se acercaba al sagrado tribunal de la Penitencia. Durante algunos años estuvo empleado en los fructuosos trabajos de las Misiones, y en ellos fueron tales su

celo y acierto en la dirección, que consiguió que sus indios viviesen habitualmente como cristianos fervorosos. Fué nombrado después Maestro de novicios de Tepotztlán, y en este delicadísimo cargo muchos fueron los méritos del P. Genovese, ilustre entre los religiosos de mas elevada santidad.

Era modelo de modestia, insigne en su espíritu de penitencia, apasionado al ejercicio de la oración y demás prácticas espirituales, esclarecido en su devoción á la Santísima Virgen, de vivísima y ardiente fe, de encendido amor de Dios, de continua é ingeniosísima mortificación y dotado de luz celestial en la dirección de las almas. Su humildad, paciencia, angélica pureza, obediencia, discreción de espíritus, caridad, recogimiento interior, ... todas sus virtudes aparecían á pesar suyo tan notables, que con razón las personas de grande espíritu le consideraban como uno de los religiosos de mayor mérito, que en el siglo XVIII tuvo en esta Provincia la Compañía de Jesús.

Trataba á sus novicios como cariñosa madre, y con su ejemplo y con sus palabras encendíalos en el amor de Dios y en el ardiente deseo de la salvación de las almas. Sus pláticas eran con frecuencia interrumpidas por sus propias lágrimas y las de los novicios, y muchas veces veíase precisado á retirarse á la sacristía para desahogar más á sus anchas las impetuosas avenidas de su espíritu, todo abrasado en el amor de Dios. Tal abstracción de

todo lo terreno y tan íntima comunicación con Dios nuestro Señor le merecieron aquella regaladísima gracia de que la Inmaculada Virgen María se le apareciese, como en otro tiempo al venerable Padre Martín Gutiérrez, en actitud de cobijarle bajo su sagrado manto en unión de todos sus novicios y de seis jóvenes escolares, acariciándolos tiernamente como Madre purísima. Esto declaró uno de ellos, estando ya para morir, para que, cediendo en este caso la humildad á la gratitud, no quedase para siempre ignorado tan grande beneficio. Para que, aun durante la recreación, se preocupasen los novicios de obsequiar de alguna manera especial á la Santísima Virgen, proclamada ya desde el tiempo de San Ignacio de Loyola, *Regina Societatis Jesu*, «Reina de la Compañía de Jesús,» mandó construir en la huerta el P. Genovesi una hermosa capillita, que todavía subsiste hoy en el edificio que sirvió de Noviciado en Tepotztlán, y la dedicó á la Inmaculada Reina de los Angeles. Algunas veces se le oyó hablar con esta celestial Señora en una lengua desconocida; y efecto de estos dulcísimos coloquios era, en ciertas ocasiones, revelar el P. Maestro á algún novicio cosas muy íntimas que pasaban por el alma de éste. Con frecuencia les advertía, para su consuelo, que no olvidasen que estaban bajo el manto protector de la Reina Purísima de los cielos.

* Por más que solicitó del Padre General que le emplease en las Misiones, alegando que no tenía

dotes de gobierno, no pudo conseguir esta gracia, sino consuelos y algunas esperanzas que no llegó á ver realizadas; su habilidad para el gobierno le detuvo en Tepotztlán algunos años. Pero, aunque logró descansar del rectorado un trienio, ocupáronle después otros tres, uno en el colegio de San Andrés, otro en el colegio Máximo y otro en Tepotztlán, segunda vez de Maestro de novicios. Terminados estos tres últimos años, despidióse de ellos con paternal cariño en una afectuosa plática que concluyó postrado, arrasado en lágrimas sus ojos, pidiéndoles perdón de sus faltas y besándoles los pies. En las iglesias del colegio Máximo de San Pedro y San Pablo y del de San Andrés de México, erigió *dos altares* costosísimos á la *madre Santísima de la Luz*, dotándolos con la suficiente renta para celebrar en obsequio de la Purísima Señora fiestas anuales, y adornando con ricas alhajas sus imágenes. Tal se ve todavía hoy en el Sagrario Metropolitano de México la que con tanta piedad era venerada en el Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo. Con todo empeño propagó siempre y por todas partes la devoción á la Madre Santísima de la Luz, escribiendo el «*Antídoto contra todo mal*,» y haciendo traducir en dos tomos la obra que sobre este amable asunto escribió el P. Juan Antonio Genovesi, S. J. Innumerables fueron las hermosas copias que logró repartir por todos los países de América, y aun de Europa, y las estampas y láminas que distribuía por los pueblos y ca-

sas de todo este vasto imperio del Anáhuac. Lo mismo hacía con las copias de la *celestial Imagen de Nuestra Señora de Guadalupe*.

Los últimos 17 años que vivió en México, en el Colegio de San Pedro y San Pablo, fueron, sin duda, para el fervoroso P. Genovese venero fecundísimo de celestiales méritos, á causa de sus graves achaques y molestísimos accidentes, sufridos por amor de Dios con heroica resignación. A ellos agregaba prolongadas prácticas de piedad y austerísimos ejercicios de penitencia con que atormentaba su cuerpo, valiéndose de cilicios de mucho peso y de varias figuras, especialmente de uno que le cubría todo el cuerpo, de punzantes disciplinas y otros crudelísimos instrumentos, cuya sola vista inspiraba horror á los hombres de más temple, que tuvieron ocasión de observarlos después de la muerte del P. Genovese. En medio de tantas enfermedades, ocupaciones del sagrado ministerio y ásperas penitencias, quedábanle todavía tiempo y ánimo para escribir á mayor gloria de Dios. Trece obras escribió sobre diversos asuntos, todos espirituales, firmándolos por humildad con el seudónimo de *Ignacio Thomay*, y otras que contenían meditaciones para todos los días del año; entre ellas lleva la palma el *«Método para vivir á Dios sólo»*, libro preciosísimo, en que, sin echarlo de ver, el P. Genovese se retrató á sí mismo al hablar de las virtudes cristianas, que él practicaba en tan alto grado. Murió este devoto insigne de la Madre Santísi-

ma de la Luz en el Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo, de México, el 17 de Agosto de 1757, día miércoles, que es el consagrado á aquella celestial advocación, á los 76 años de su edad, y 58 de Compañía, de los cuales pasó en esta provincia de México más de 40. ¡Hombre verdaderamente admirable! Su oración era casi continua, y de ordinario hallábase por completo abstraído en *actos de amor de Dios*; éstos en él eran tantos, según opinaban sus Superiores, como las palpitaciones de su corazón. Algunos decían que desearían en la oración tanto fervor como tenía el P. Genovese en los actos ordinarios de su vida, como en el comer y recrearse. Después de celebrar la sagrada Misa, quedaba tan falto de fuerzas por las dulces y avasalladoras impresiones que en ella recibía, que de éstas tardaba mucho tiempo en reponerse. Viviendo él todavía, dícese que se obtuvieron muchas gracias milagrosas en Palermo¹ al contacto de una de sus cartas.

III

La maravillosa imagen de la "Madre Santísima de la Luz," en León.

Aun no había transcurrido un año, desde la llegada de algunos Padres de la Compañía de Jesús á la villa de León, con el fin de establecer en ella

¹ Cartas ánnuas de la Provincia de Sicilia.—1750.

un Colegio, cuando este pueblo privilegiado se vió ya altamente favorecido por el cielo con la posesión del tesoro riquísimo de la milagrosa Imagen de la Madre Santísima de la Luz. Plácenos recordar algunos consoladores precedentes, para que recaiga con toda justicia sobre las personas que la merecen, la partecita de honra y de gratos recuerdos á que se han hecho acreedoras.

En 1731, un piadoso sacerdote, vecino de León, D. Nicolás de Aguilar, considerando en los satisfactorios resultados de los apostólicos trabajos del P. Manuel Valtierra, por León y las vecinas comarcas, los frutos copiosísimos que por todas partes conseguía con sus sagrados ministerios la Compañía de Jesús, movióse á pedir con ansias vehementísimas algunos Padres de ésta, para que fundasen en León un Colegio en cuyas clases aprendiese la juventud de aquella región sólida doctrina y edificantes ejemplos. Procuraron con mucho empeño disuadirle de este propósito algunos enemigos de la Compañía, valiéndose de engaños y de artificios de todo género, sin arredrarse ante la calumnia. No era hombre que cesase en sus resoluciones el Sr. Aguilar, cuando en ellas se interesaba de algún modo la gloria de Dios; y á los esfuerzos de sus preocupados consejeros respondió consultando de nuevo sus designios con personas sabias y virtuosas, é inclinando á sus dos hermanos Don Manuel y Don Marcos á que cediesen dos haciendas en beneficio del Colegio que á

toda costa quería fundar. Dirigióse, pues, al Padre Provincial Juan Antonio Oviedo exponiendo con toda decisión sus deseos, y ofreciendo sitio para la Iglesia y Colegio, cincuenta mil pesos para la fábrica, trescientos marcos de plata para su adorno, y las dos haciendas para la dotación del Colegio. Contestó el P. Oviedo alabando el piadoso celo del Sr. Aguilar y agradeciendo su generoso ofrecimiento, y le prometió enviar desde luego á León algunos Padres, una vez obtenidas las licencias del Rey y del Padre General. Muy largo pareció este plazo al encendido celo del buen P. Aguilar, y pidió con empeño al P. Oviedo que mientras de Roma y de Madrid llegaban los permisos que se solicitaban, tomase desde luego posesión de las dos haciendas, y con las licencias del Virrey y del Obispo de Michoacán, á cuya diócesis pertenecía entonces León, fundase en esta villa un hospicio en que viviesen dos ó tres Padres y un maestro de gramática, de cuya enseñanza había mucha necesidad en el país. Accedió el Padre Provincial; y previa la licencia del Virrey, Marqués de Casafuerte, y del Obispo de Michoacán, Illmo. Sr. D. Juan José de Escalona y Calatayud, la Compañía tomó posesión del sitio y de las haciendas en la persona del P. Manuel Andrés Fernández, en 16 de Mayo de 1731, y el 8 del siguiente Julio entraron en León los PP. Manuel Alvarez de Laba, nombrado superior del hospicio, y Manuel Rubio, y el H. Francisco Arriaga.

Los espirituales frutos que la Compañía recogió desde luego en León fueron tantos, que los mismos que antes se esforzaban en disuadir de su benéfico proyecto al Sr. Presbítero Aguilar, tornáronse de pronto acérrimos defensores y panegiristas entusiastas de la Compañía. Todo el pueblo manifestó bien claro el grande aprecio en que la tenía, no sólo entonces cuando se palpaban los consoladores resultados de la fundación, sino muchos años después, en las sostenidas instancias que hicieron para que volviesen de nuevo á establecerse entre ellos los Padres, que por justas razones se habían visto precisados á abandonar el hospicio.

Había venido á poder del extático P. José María Genovese la maravillosa Pintura Original de la Madre Santísima de la Luz, á que se refieren los párrafos III, IV y V del capítulo primero: y deseando con amorosas ansias que esta bellísima Imagen, que con tan tierna devoción había sido recibida siempre en todos los pueblos de la isla de Sicilia, fuera igualmente venerada por los fieles mexicanos, resolvió regalarla con este objeto á una de las iglesias que los Padres de la Compañía tenían entonces en Nueva España. Pero ¿cuál había de ser la preferida? Muchos títulos parecían tener para ello la iglesia de la Profesa de México, y tantas otras de antiguo origen y de gloriosa historia. Y, sin embargo, el Padre Genovese no se dejó mover por razones de este género; prefirió que en este caso, como en algunos otros que nos recuerdan

las sagradas Escrituras, apareciese clara la voluntad adorable de Dios nuestro Señor por medio de la suerte. Sorteáronse, pues, todas las iglesias de la Compañía de Jesús en esta Provincia de México, y cayó la suerte sobre el novísimo hospicio de León. Segunda y tercera vez fueron sorteadas, y en todas ellas la iglesia de León fué la única favorecida. Fué, pues, con todo rendimiento acatada la voluntad santísima de Dios, y quedó por León la Imagen venerable de la Madre Santísima de la Luz.

Previo la promesa que por carta del 3 de Mayo de 1732, hizo el Padre Superior del Hospicio, Manuel Alvarez, de erigir en el crucero de la iglesia que la Compañía tenía entonces en León, un altar dedicado á esta sagrada imagen, la maravillosa Pintura de la Madre Santísima de la Luz entró triunfalmente en León el lunes 2 de Julio de aquel mismo año. Vano esfuerzo sería el de pretender describir el pomposo y entusiasta recibimiento que le hicieron aquellos piadosos fieles; los delicados sacrificios y piadosos obsequios, las tiernas lágrimas, las fervorosas jaculatorias y plegarias afectuosísimas que en aquel día feliz le fueron dedicadas. Cuáles hayan sido entonces, y cuál sea el entrañable amor que siempre la profesaron los piadosos leoneses, dícnolo todavía hoy los tiernos obsequios que diariamente le tributan, y las fiestas solemnísimas con que anualmente se conmemora el día 2 de Julio, aniversario de su feliz llegada y

de su cariñosa visita de amor y de gracia á aquella privilegiada ciudad.

De este venturoso acontecimiento quedamos, entre otros, fidedigno comprobante en un documento antiguo, que se conserva en el archivo municipal del Ilustre Ayuntamiento de León. Es copia autorizada de un ocurso, que el 6 de Agosto de 1777 dirigió el cura párroco de esta ciudad al obispo de Michoacán, Illmo. Sr. D. Juan Ignacio de Rocha, solicitando en nombre del Ayuntamiento la aprobación de unas Constituciones, que tenían por objeto el esplendor del culto á la Madre Santísima de la Luz. En él escribía el celoso párroco estas palabras: «Por los años de MIL SETECIENTOS TREINTA Y DOS, EL DIA DOS DE JULIO, tuvo la felicidad este lugar de que entrara la Imagen de la Madre Santísima de la Luz á la Iglesia de la Compañía, HABIENDO SIDO SORTEADA ENTRE LAS DEMÁS DE LOS COLEGIOS, para ver el que escogía á su habitación, y logró esta villa la mejor suerte.»—La «Iglesia de la Compañía», á que el párroco se refiere, es la que se llamó «de la antigua Compañía», porque fué la primera que los PP. tuvieron en León; designada después con el nombre de «Santa Escuela», porque á ella fué trasladada «la Santa escuela de Cristo», fundada por el V. P. Luis Felipe Neri de Alfaro, bajo la protección especial de la Madre Santísima de la Luz, el 12 de Noviembre de 1748.—Los PP. de la Compañía comenzaron á construir, y dejaron en 1767 muy adelantada ya, la magnífica iglesia conocida

con el nombre de «Compañía nueva», que es actualmente iglesia Catedral.

La identidad de la maravillosa Pintura de la Madre Santísima de la Luz compruébase por la siguiente nota, que consta al respaldo de la que se venera en León, firmada por personas respetables: «Esta IMAGEN ES LA ORIGINAL QUE VIÑO DE SICILIA y fué bendita de la misma Santísima Virgen, que con su bendición le confirió el don de hacer milagros, como consta de una carta escrita desde Palermo á 19 de Agosto de 1729 años. Y esta imagen la da el P. José Genovesi á la Iglesia que se ha de hacer del nuevo Colegio, debajo la condición de que se le haga altar y colateral en el crucero de la Iglesia, según lo prometido del P. Rector Manuel Alvarez en carta de 3 de Mayo del año de 1732. Y por ser verdad lo firmaron los siguientes Padres que han leído la carta.—JOSÉ MARIA GENOVESI.—José Maria Monaco.—José Javier Alagna.—Francisco Bonalli.»

Gratísimos recuerdos de su apostólico celo por la salvación de las almas y de su amor entrañable y ardoroso á la Madre Santísima de la Luz, ha dejado en la ciudad de León el P. Manuel Alvarez de Lava, que fué el primero de los capellanes de aquel venerado Santuario. La suavidad de su carácter, su constante empeño en instruir é informar á los fieles en la práctica de la vida cristiana, su abnegación, su talento, sus virtudes y su admirable asiduidad en el desempeño de los sagrados ministerios del púlpito y del confesonario, merecieronle el respeto y el amor de los leoneses, hasta el grado

de que comunmente le llamaban *«el Apóstol de León»*, *«el Maestro de la Fe»*, *«el Padre de los pobres»* y *«el Ángel de la paz»*.

En el informe que acerca de sus virtudes rindió con la mayor formalidad un caballero de León, después del fallecimiento del P. Alvarez de Lava, decía: «Su predicación fué desde que entró en aquella fundación, continua en el púlpito y en el confesonario del Hospicio: en todas ocasiones nos predicaba á los seculares, á quienes nos enseñó el camino de la verdad; porque en aquella región se encontraban á cada paso mil errores, en los que con una sosegada conciencia vivíamos; y de todos nos sacó con gran trabajo su capacidad, que realmente ¹ tenía grande.»

Dando cuenta de las virtudes de este piadoso Padre, un religioso muy caracterizado escribía al P. Provincial de la Compañía de Jesús, Mateo Ansaldo: «De su devoción tiernísima á María Señora, son testigos fidelísimos el esmero y cuidado con que adornó el altar de su Imagen con el título de Madre Santísima de la Luz: fuerontales uno y otro, que sólo quien vió al Padre y lo trató en este santo Hospicio puede conocerlo, pero no decirlo; porque, aunque se diga mucho, apenas podrán llegar á expresar las voces lo que por ellas se quiere significar; pues en medio de las cortedades de esta

¹ «Carta de edificación del P. Manuel Alvarez de Lava, profeso de la Compañía de Jesús, defuncto en la Residencia de la Villa de León á 24 de Enero de 1737.»

villa, procuró de las limosnas cortas que le daban, hacer un marco de plata que le costó más de quinientos pesos, seis blandoncitos y cuatro candeleros, también de plata, de competente tamaño; un ornamento blanco, frontales, paliós y ramilletes, á que se agrega la cera que en todas las festividades hacía arder en un curioso, aunque pobre altar, que le ponía á la Señora, costeando la limosna de la Misa que se decía en dichos días, en cuyas tardes concluía sus fiestas con una plática muy fervorosa del misterio que se celebraba aquel día. *No había plática en que no se oyese de su boca el renombre de la Madre Santísima de la Luz*, cuya devoción extendió el Padre con sus exhortaciones y pláticas con tanto empeño y fervor, en esta villa y por todos sus contornos, que no había flexión, pretensión ni remedio que no se pretendía por medio de nuestra Madre Santísima de la Luz. Por este medio redujo el Padre á muchos pecadores, trayéndolos de las selvas incultas de las culpas al florido paraíso de las virtudes y frecuencia de sacramentos; en tal grado, que en días festivos, así de la Virgen como del Señor y otros santos, apenas puede, después de su muerte, darse abasto á las reconciliaciones que el Padre solo, hacía.»

Su excesivo trabajo y la aspereza y los rigores con que á sí mismo se trataba, fueron causa de su temprana muerte, cuando sólo tenía cuarenta y dos años. Recibidos los últimos sacramentos, y alegre porque una vez más se cumpliese en él la volun-

tad de Dios, exclamaba: «*Oh, qué dicha es esta, recibir los sacramentos y morir en la Compañía! Ayúdame todos á dar gracias á Dios por tan desmedida suerte!*» Eran fervorosísimos los actos de amor de Dios en que, como en vida, se desahogaba á orillas del sepulcro aquel ardoroso corazón; ni son para explicar las tiernas jaculatorias que incesantemente dirigía á la Madre Santísima de la Luz. «Ya le rogaba, dice uno de los Padres que presenciaron su dichosa muerte, ya le rogaba que le alargase una de sus manos purísimas, para asirse de ella é irse al cielo; ya se encendía tanto en su amor que, pudiese asegurar, que cuando de la capilla le subieron el hermoso cuadro de nuestra Madre Santísima de la Luz, puestos los ojos en él, le salieron á la cara los incendios del alma; pues lleno de colores, el rostro, de brillo los ojos, de dulzura los labios, dijo tales y tan fervorosas palabras, que parecía, no un religioso enfermo, sino un ángel que hablaba cara á cara con su Reina. Ya para alivio de los tormentos que la enfermedad le causaba, tierno le repetía: *Illos tuos misericordes oculos ad nos converte*, «*Vuelve á nosotros esos tus ojos misericordiosos.*» Ya para tomar algún descanso en medio de tantos afanes, vueltos los ojos á la Señora, como verdadero amante, lo encontraba en su hermosura, diciéndole por esto las repetidas palabras de los Cantares: *Tota pulchra es, amica mea*, «*Toda eres hermosa, amiga mía.*» Y ya, por último, pidiéndole con devoto, tierno y filial afecto que se le mostra-

ra en aquel preciso lance, como lo había sido en todo lo antecedente de su vida, cuidadoso y providente Madre...»

Murió, al fin, el 24 de Enero de 1737, lleno de merecimientos, cantando himnos y salmos entre alegrías dulcísimas y consoladoras señales de eterna dicha. Apenas las campanas dieron la noticia de su muerte, tan temida ya por todos los fieles de León, renováronse con más viveza las escenas de dolor que desde un principio había provocado su enfermedad. «*Murió el santo!*» gritaban por las calles los niños; «*Murió el santo Padre Manuel!*» «*Murió el santo Apóstol de esta villa!*»¹ repetían desconsolados todos los vecinos. Y á porfía llenaban el Hospicio, para poder contemplar su santo cuerpo, besar sus manos y sus pies y obtener ansiosos algún objeto que en vida le hubiese servido, repartiéndose entre muchos con piadosa veneración menudísimos girones de sus pobres vestidos. El clero y las comunidades de San Francisco y San Juan de Dios, casi toda la villa en masa, acudió á presenciar sus funerales de la manera que podían. Para consuelo de toda aquella afligida concurrencia, fué preciso que el fúnebre cortejo diese la vuelta, como en procesión, por las cuatro calles que rodeaban el Hospicio; y siendo insuficiente la guardia que custodiaba el cadáver para contener la piadosa agitación de aquel inmenso gentío, ape-

1 «*Carta de edificación*» mencionada.

lósese al recurso de darle sepultura antes de dar principio á sus solemnes funerales, en que más que la lúgubre salmodia y los sonoros ecos de numerosos cantores, prevalecían los repetidos sollozos del pueblo y los prolongados ayes de ese dolor intenso del alma, que con dificultad encuentra consuelo.

IV

“La Madre Santísima de la Luz” es jurada Patrona de León.
—Es Patrona principal del Obispado.—Su culto en varios Estados de la República.

Desde el 23 de Febrero de 1864, en que llegado á León su primer obispo, fué trasladada de la iglesia de la antigua Compañía á la del Sagrario la milagrosa Imagen de la Madre Santísima de la Luz, los cultos que se le tributan son más espléndidos y constantes, y, por decirlo así, *oficiales*; pues to que desde aquella fecha rézase con regularidad en el coro el oficio divino, y celébrase diariamente ante la maravillosa Pintura la Misa conventual. Y tal ha sido desde entonces el aumento del culto divino, que á los veinte años habían sido construídas ya desde los cimientos más de cien iglesias.

A porfía se han esmerado siempre los fieles en rendir y acrecentar sus tiernos cultos y filiales obsequios á la Inmaculada Virgen María en su venerable Imagen de la Madre Santísima de la Luz. El marco de oro, que como á joya inestima-

ble la guarnece, le ha sido dedicado por la familia del coronel D. Ignacio Obregón; el pedestal y contramarco de plata, es uno de los dones que le ha ofrecido el fervoroso obispo D. José María de Jesús Díez de Sollano y Dávalos; los hachoneros ó blandones de bronce del mismo orden de los suntuosos candeleros, fueron regalo del Presbítero D. José María Gordo; y manifestación diaria del tierno amor que la profesan todos los fieles, son esas magníficas funciones religiosas y ese culto solemne y constante, en que, más que la suntuosidad, agrada sin duda á la celestial Señora el filial espíritu con que le son ofrecidos. El mes de María celébrase en su precioso templo cada año con creciente fervor y entusiasmo; y contribuyen á aumentar el reconocimiento de sus bondades y la gratitud que por tantos títulos se la debe, los muchos millares de estampas y de medallas que en esos actos de religión y de piedad se distribuyen á los fieles.

Ya en 1772, en el decreto firmado en Pátzcuaro el 17 de Junio por el Ilmo. Sr. Obispo de Michoacán D. Pedro Anselmo de Tagle, en el cual aprobaba con su autoridad la elección de Patrono principal, que en favor del glorioso mártir San Sebastián hacía el Ayuntamiento de León, se recuerda el *juramento* que desde muchos años antes tenían hecho los vecinos de esta villa, de reconocer á la Madre Santísima de la Luz como Patrona y Protectora suya, para que los defienda de los rayos y tempestades; súplica y juramento jamás olvida-

dos, pues desde que comienza la estación de las lluvias, muchos de los sacerdotes acuden á celebrar la santa Misa en el altar de la milagrosa Imagen. Esta misma petición, y la de que nos alcance del Señor misericordia para la hora de nuestra muerte, se la dirigen siempre en la Misa, que ante ella se canta el miércoles de cada semana en la iglesia catedral. En 1849, el venerable clero, las autoridades y demás fieles de León, juraron solemnemente como *Patrona principal*, conforme á la Bula de Urbano VIII, de 23 de Marzo de 1630, á la Madre Santísima de la Luz; y esta declaración con juramento fué confirmada por la Santa Sede el 19 de Diciembre de 1851. Erigida la diócesis de León, fué igualmente proclamada *Patrona principal de todo el obispado*, cuya elección aprobó también en Roma la Sagrada Congregación de Ritos, por Rescripto de 19 de Septiembre de 1872, en que se dispone se reconozcan á la celestial Señora en esta advocación todos los derechos, privilegios y honores que se deben á los Patronos principales de las diócesis.

No sólo en ésta de León, sino en otras muchas de la República, en todas más bien, es tiernamente venerada la Madre Santísima de la Luz: apenas habrá parroquia que en algunas de sus iglesias ó capillas no ostente su bellísima imagen; pocas serán las familias que no honren alguna copia de esta maravillosa Pintura; y todo el que haya viajado por las dilatadas regiones de la Nación Me-

xicana, sabe que en casi todos los vecindarios, por insignificantes que sean, hay niñas y señoras de toda edad, que tienen á dicha el que se las haya impuesto en el bautismo el hermoso nombre de *Maria de la Luz*. «Guadalupe» y «Luz» son entre los fieles mexicanos, nombres en gran manera gratos al oído, y amables por su mística significación: «Luz» y «Guadalupe» no pueden menos de evocar entre los católicos hijos del vasto imperio del Anáhuac los más alegres y consoladores recuerdos. En Lagos ha sido dedicado un templo á la Madre Santísima de la Luz; y de una manera especial en México, Puebla, San Luis Potosí, Jalisco, Durango, Yucatán, Tabasco y otros Estados, han ido tomando mucho incremento la devoción que se la profesa y los cultos con que se la honra.

V

Los Padres de la Compañía de Jesús propagan este culto por los países en donde predicán.—P. Francisco Javier Gómez.—P. Miguel Castillo.—Propáganle también por Italia; erigen altares y celebran fiestas en honor de Maria en esta dulcísima advocación.

Mucho contribuyeron á extender por todas las diócesis de este país la devoción á la Madre Santísima de la Luz en el siglo XVIII, los Padres de la Compañía de Jesús con las frecuentes Misiones que predicaban la mayor parte de ellos, recorrien-